

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

La izquierda y lo internacional [The left and the international]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Colás, Alejandro
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-03 01:49:05
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219658

La izquierda y lo internacional

Alejandro Colás

Alejandro Colás: estudiante de doctorado en el Departamento de Relaciones Internacionales de la London School of Economics, y miembro del *Centro de Investigación para la Paz* (CIP), Madrid.

Resumen:

El presente ensayo intenta explorar la intersección entre la izquierda y «lo internacional»; es este el ámbito donde se van a verificar las luchas políticas del próximo siglo. Tras definir «lo internacional» como el *sistema internacional*, se analiza la experiencia de la izquierda en esta esfera con referencia a tres ejes: el teórico, el político y el filosófico. Tras resaltar el valor del pensamiento internacionalista de izquierda para el mundo actual, se esbozan una serie de reconceptualizaciones generales que la izquierda ha de abordar si quiere seguir desempeñando el papel de liderazgo político y teórico mundial que le corresponde.

Entre multitud de conceptos hegemónicos surgidos tras la Guerra Fría, el de la «globalización» parece haber resistido mejor que cualquier otro el análisis crítico del mundo intelectual en general, y de la izquierda en particular.

Académicos, periodistas y políticos de todo signo y proveniencia han invocado el concepto –o sus derivados, «mundialización» y «transnacionalización»– para dar explicación a una serie de transformaciones políticas, económicas y sociales que se manifiestan a nivel mundial. Las distintas ramas de las ciencias sociales se preocupan cada vez más por los fenómenos como la compresión del tiempo y el espacio en la producción y la comunicación, la gestación de nuevas culturas mestizas en las grandes metrópolis o el surgimiento de movimientos sociales transnacionales. Por otra parte, cuestiones que tradicionalmente han pertenecido al ámbito de las relaciones internacionales –las guerras, las instituciones internacionales, la integración regional– parecen haber cobrado mayor relevancia dentro de las reflexiones generales sobre nuestra vida política y social. Existe, pues, cierto consenso sobre la necesidad de tratar el mundo como una sola entidad social en el futuro. Si la izquierda pretende mantener durante el próximo siglo el liderazgo político y teórico que la hizo protagonista del

presente siglo, habrá de tratar con gran seriedad la problemática de «lo internacional».

En cierta medida, las aportaciones más significativas y originales sobre la «globalización» han provenído de la izquierda¹. No obstante, incluso las contribuciones más sensibles a la experiencia del pasado han caído en una visión históricamente miope acerca del proceso de globalización. Aún más preocupante, por lo general han ignorado el importante legado del pensamiento de izquierda sobre «lo internacional». Las páginas que siguen intentan reflexionar desde una perspectiva general sobre este legado y el papel que puede desempeñar dentro de la construcción de un nuevo pensamiento internacionalista de izquierda. En primer lugar, propongo una serie de distinciones entre la «globalización» y lo que entiendo por la problemática de «lo internacional». El principal argumento sugiere que «lo internacional» incorpora una serie de factores –como la violencia entre Estados, el nacionalismo, la ideología imperialista– que presenta una visión del mundo más compleja, y por lo tanto más realista, de la que ofrecen los teóricos de la globalización. En segundo lugar, repaso las distintas posiciones tomadas por la izquierda frente a «lo internacional» durante este siglo, sugiriendo que pese a la importancia que la izquierda ha otorgado a «lo internacional» (notablemente, en los análisis sobre el imperialismo), no ha logrado aún teorizar el sistema mundial con la misma confianza, por ejemplo, que lo ha hecho con el capitalismo o el Estado. Por último, centro la atención sobre las posibilidades políticas que surgen de la intersección entre la izquierda y «lo internacional». Evidentemente, no se trata de aquí resucitar la Tercera Internacional; más bien, de reconsiderar y reivindicar para el momento actual conceptos claves de la izquierda como el cosmopolitismo, la universalidad o el internacionalismo.

¿Qué es «lo internacional»?

El hablar de la problemática de «lo internacional» presenta varias ventajas sobre el concepto de «globalización». En primer lugar, corrige la visión «cortoplacista» de muchos teóricos de la globalización. Si bien es evidente que las últimas décadas han visto la intensificación de las relaciones políticas, sociales y económicas entre las distintas partes del planeta, también es cierto que este proceso forma parte de una dinámica general que comenzó hace siglos con la inauguración de un mercado mundial. Segundo, la problemática de «lo internacional», y el concepto que lo acompaña –el sistema internacional– incorporan tendencias de la historia mundial como son el nacionalismo o el imperialismo, que no

¹ La bibliografía sobre la globalización es amplísima. Quizás las contribuciones recientes más significativas desde la izquierda sean A. Giddens: *The Consequences of Modernity*, Polity Press, Cambridge, 1990; y L. Sklair: *A Sociology of the Global System*, Hamish Hamilton, Londres, 1995. También *Nueva Sociedad* N° 125 y 126; 5-6 y 7-8/1993.

entran dentro de los parámetros de la globalización. Por último, el concepto de «la globalización» apenas lleva contenido analítico: no logra identificar las causas de este proceso, ni las fuerzas sociales que son responsables de su desarrollo. La globalización sólo puede explicarse con referencia a la lógica de otros fenómenos: el capitalismo, la modernidad, la revolución tecnológica. Por estas tres razones, resulta más sugerente abordar la problemática de «lo internacional» en vez del proceso más reducido de «la globalización».

Reducido a su componente más básico, «lo internacional» hace referencia al sistema internacional de países; es decir, el conjunto de relaciones –diplomáticas, bélicas, comerciales y culturales– entre Estados soberanos. Este ha sido el ámbito de estudio de las relaciones internacionales, que aunque sólo apareció como rama de las ciencias sociales tras la Primera Guerra Mundial, pronto desarrolló un interés por las relaciones entre distintas comunidades políticas a través de la historia.

Si bien algunos teóricos de relaciones internacionales –los llamados *realistas*– insisten en que la competencia entre Estados es condición perenne de la historia mundial, el consenso predominante en la disciplina ha aceptado la *modernidad* del presente sistema de Estados y sitúa su nacimiento en 1648, fecha en la cual se firmó la Paz de Westfalia y cuyos dos tratados constituyentes inauguraron un nuevo concepto secularizado de las relaciones internacionales. Frente a sus antecesores, el sistema moderno de Estados dio lugar a una serie de conceptos como la razón de Estado, la soberanía, el equilibrio de poderes, o el propio derecho internacional, que transformaron la vida social del mundo entero durante los próximos siglos. Visto desde esta perspectiva, «lo internacional» cobra una autonomía frente a las otras categorías de análisis social. Su lógica queda reflejada en la anarquía del sistema internacional: cada Estado lucha por su propia supervivencia en un mundo definido por la cruda competencia por el poder.

Ciertamente, la expansión del sistema europeo de Estados a partir del siglo XVII es un fenómeno clave en la comprensión de lo que se entiende por «lo internacional». No obstante, hasta fecha muy reciente, los especialistas en relaciones internacionales no han querido abordar el por qué de este sistema. Han aceptado sin mayor contemplación la legitimidad de la entidad que llaman «sistema internacional de Estados», limitándose a *describir* su funcionamiento. Sin embargo, para *explicar* tanto su nacimiento como el posterior desarrollo, es preciso hacer referencia a otro sistema, esta vez productivo, a saber el capitalismo.

El capitalismo juega un papel instrumental en la definición de «lo internacional» al menos en tres sentidos. En primer lugar, al introducir la separación formal entre el dominio de «lo político» y el ámbito de lo «económico», el capitalismo permitió el surgimiento de la razón de Estado

y del concepto moderno de la soberanía, expresado en el proverbial *cuius regio, eius religio*. Según este argumento, presentado recientemente en un excelente trabajo de Justin Rosenberg², el origen del sistema moderno de Estados ha de buscarse en la evolución política y social de Inglaterra a partir del siglo XVI. El triunfo de la revolución burguesa en este país hacia mediados del siglo XVII, estableció la separación definitiva entre Estado y sociedad civil; evolución que, unida a la ascendencia política y económica inglesa, le permitió imponer a las otras potencias europeas un sistema de relaciones internacionales moderno. Así pues, para explicar el surgimiento del sistema moderno de Estados, es preciso prestar atención a la emergencia casi simultánea del modo de producción capitalista.

En segundo lugar, la expansión del capitalismo industrial a partir del siglo pasado, ha sido la fuerza motriz de la unificación económica, política y social del planeta. Mucho antes de que se inventara la «globalización», el mundo se vio envuelto en lo que Eric Hobsbawm ha denominado «la mayor transformación en la historia de la humanidad... desde que el hombre inventó al agricultura»³. El hecho de que hoy en día se consuman bananos en Mosco, se escuche jazz en Tokio o se pueda votar por un diputado negro en Londres, se debe en gran parte a la formidable dinámica transformadora del capitalismo que tan bien describieron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*. Por tanto, en la medida que los habitantes del planeta nos sentimos vecinos de una «aldea global» se lo debemos a la voracidad acumuladora de un sistema que no conoce fronteras.

Si bien el capitalismo ha desempeñado un papel integrador, al mismo tiempo ha sido el principal artífice de la tremenda desigualdad entre las distintas partes del mundo. Y en gran medida, ha sido ésta la que ha alimentado la problemática de «lo internacional». Si tomamos por ejemplo fenómenos internacionales como las migraciones masivas, el subdesarrollo, la destrucción del medio ambiente o la propia guerra (incluso la Guerra Fría) es evidente la importancia del capitalismo en la construcción de «lo internacional». Esto no significa, por supuesto, que las migraciones, las guerras o la destrucción del medio ambiente hayan nacido con la llegada del capitalismo; más bien que el capitalismo como formación social históricamente singular, les dio a estos fenómenos un carácter cuantitativa y cualitativamente nuevo.

En estos tres aspectos –la génesis de la razón de Estado, la unificación del mundo y la profundización de la desigualdad internacional– el

² J. Rosenberg: *The Empire of Civil Society: A Critique of Realist International Relations*, Verso, Londres y Nueva York, 1995. Rosenberg se basa a su vez en el trabajo de Ellen Meiksins Wood: *The Pristine Culture of Capitalism: A Historical Essay on Old Regimes and Modern States*, Verso, Londres/Nueva York, 1991.

³ E.J. Hobsbawm: *The Age of Revolutions, 1789-1848*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1962, p. 13.

capitalismo aparece como elemento constituyente de «lo internacional». No obstante, como han demostrado los estudiosos neo-weberianos de la llamada «sociología histórica»⁴, el nacimiento del sistema internacional también obedeció a una lógica de poder y a un sistema ideológico que surgió al mismo tiempo que el capitalismo (y que de hecho afectó su desarrollo). Es aquí donde la izquierda ha demostrado su mayor debilidad teórica. El afán por reducir el sistema internacional a una expresión u otra del capitalismo mundial, ha llevado a la izquierda a ignorar elementos constituyentes de «lo internacional» como pueden ser el nacionalismo, la ideología imperialista o la competencia entre Estados. Por paradójico que resulte, la problemática de «lo internacional» existió *antes* de encontrar expresión concreta en el nacionalismo o en el sistema de Estados. Las guerras europeas del «largo siglo XVI», por ejemplo, son a la vez causa y resultado del incipiente sistema internacional. Igualmente, el nacionalismo como sentimiento de pertenencia colectiva es simultáneamente forjador y producto de «lo internacional». En breve, para explicar «lo internacional» es preciso hacer alusión a la confluencia específicamente moderna entre capitalismo y razón de Estado, que a su vez desemboca en lo que sólo se puede denominar el *sistema internacional de Estados*. Es precisamente este sistema que la izquierda aún no ha logrado comprender, y de cuyo análisis crítico debe nacer un pensamiento progresista para el siglo XXI.

El legado de la izquierda

El decir que la izquierda no ha sabido reconocer el sistema internacional no supone acusarla de ignorar la problemática de «lo internacional». Al contrario, la izquierda se ha caracterizado desde sus inicios por un internacionalismo que otorga primacía a las dimensiones internacionales de la lucha por la libertad y la igualdad. Parte de la reconstrucción del pensamiento de izquierda pasa por la revisión de esta tradición internacionalista, y de la evaluación crítica de los conceptos que ha manejado al tratar «lo internacional». Para facilitar esta tarea es conveniente dividir la herencia de la izquierda en tres áreas de actuación: la teórica, la política y la filosófica.

El análisis internacional de la izquierda ha estado dominado por el concepto del imperialismo. El término no entró a formar parte del vocabulario político de la izquierda hasta principios de siglo (Marx y Engels, por ejemplo se limitaron a hablar del capitalismo *internacional* o del mercado capitalista mundial) cuando a raíz de la espectacular

⁴ Los principales exponentes de la «sociología histórica» contemporánea son T. Skocpol: *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Harvard University Press, Cambridge, 1977; M. Mann: *The Sources of Social Power: A History from the Beginning to AD 1760*, Vol. I, Cambridge University Press, Cambridge, 1986; W.G. Runciman: *A Treatise on Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986; C. Tilly: *Coercion, Capital and European States, AD 990-1990*, Basil Blackwell, Cambridge, 1990.

transformación imperialista del capitalismo internacional y la publicación del libro de John Hobson *Imperialism: A Study*, la izquierda revolucionaria adoptó el término. Como es bien sabido, Hilferding, Bujarin, Luxemburg y Lenin dedicaron sucesivos estudios al imperialismo, intentando explicar el nuevo fenómeno como resultado de una nueva fase en la evolución de la lógica acumuladora del capitalismo. Así pues, a través de la lente marxista, el imperialismo se convirtió en la expresión de las contradicciones internacionales del capitalismo; la problemática de «lo internacional» –el nacionalismo, la competición interestatal, la ideología imperialista– apenas recibió atención.

La eclosión de los imperios europeos a partir de 1945, y la consiguiente ascendencia de los movimientos de liberación nacional inyectaron nuevo vigor al concepto del imperialismo. Preocupados por las condiciones de dependencia bajo las cuales debían de forjarse los Estados poscoloniales, los pensadores de izquierda dedicaron nuevos esfuerzos a la conceptualización del sistema internacional bajo la rúbrica del «subdesarrollo» (Gunder Frank, Wallerstein), la «dependencia» (Cardoso) o el «capitalismo monopolista» (Baran y Sweezy). A pesar de sus diferencias, el denominador común de cada uno de estos estudios residía en su interpretación del sistema mundial como un mercado capitalista. Según esta perspectiva, la explicación de «lo internacional» había de encontrarse en la división internacional del trabajo, cuyo origen durante la expansión mercantil del siglo XVI estableció las bases de la presente desigualdad económica y política del planeta.

La primacía conceptual del imperialismo en el análisis internacional de la izquierda sólo se vio eclipsada durante la década de los 80 cuando la llegada de la «segunda guerra fría» puso a la izquierda europea y norteamericana en el centro mismo del movimiento por el desarme. El compromiso con el movimiento pacifista quedó reflejado teóricamente en los trabajos de E.P. Thompson (sobre el exterminismo), Mary Kaldor (la Guerra Fría como sistema de dominación) y Noam Chomsky (la construcción del consenso)⁵. Nuevamente, a pesar de las diferencias entre los distintos pensadores, lo que surgió de estas reflexiones fue una triple revisión de «lo internacional». En primer lugar, el imperialismo capitalista perdió la función de concepto-clave (salvo quizás, en el caso de Chomsky) a cambio del de Guerra Fría como sistema de dominación –interno y externo– sostenido con igual entusiasmo por ambas superpotencias. Segundo, el avance tecnológico y el peso del «complejo industrial-militar» reemplazó la lógica acumuladora capitalista como dinámica central del sistema mundial. Y por último, la dimensión histórica

⁵ E.P. Thompson: *Exterminism and the Cold War*, New Left Books, Londres, 1982; M. Kaldor: *The Imaginary War: Understanding the East-West Conflict*, Basil Blackwell, Oxford, 1990; N. Chomsky: *Towards a New Cold War: Essays on the Current Crisis and How we got Here*, Pantheon Books, Nueva York, 1982.

del sistema mundial se vio fuertemente reducida al centrarse los distintos análisis de la Guerra Fría en el período posterior a 1945.

El breve repaso al legado teórico de la izquierda en lo que concierne al sistema internacional nos lleva a la evaluación de su actuación política. En este aspecto más que en cualquier otro, la izquierda goza de una brillante tradición que se resume en el ideal internacionalista. El internacionalismo es ante todo un principio de actuación política cuyas premisas son relativamente simples⁶. En primer lugar, el espacio de actuación política se extiende a cualquier parte del mundo; no hay comunidad política que se resista a la aplicación de conceptos universales como son la igualdad, la libertad y la solidaridad. En segundo lugar, y por consiguiente, el internacionalismo no acepta fronteras étnicas, religiosas o nacionales, de forma que el individuo se convierte en agente político por encima de su pertenencia a un colectivo particular. Por último, y no menos importante, la estrategia política del internacionalismo impone la creación de una organización internacional cuyos objetivos no queden reducidos a los intereses de un Estado o región del mundo.

Estos principios generales del internacionalismo han tomado cuerpo a través de los años en tres tipos de organización de izquierda. En primer lugar, las tres internacionales, que sirvieron de vehículo político internacional del movimiento obrero. La Primera Internacional, fundada por Marx en 1872, fue precursora de las organizaciones «transnacionales» actuales, tan resaltadas por los teóricos de la globalización. Desde 1889 hasta su disolución ante el desastre de la Primera Guerra Mundial, la Segunda Internacional desempeñó un papel clave en el desarrollo y fortalecimiento de la izquierda europea. Por último, el nacimiento de la Tercera Internacional en 1919 inauguró la accidentada carrera del comunismo internacional, que para bien o para mal dejó una marca indeleble en la historia del presente siglo. En segundo lugar, conviene recordar que el término «Tercer Mundo» cobró relevancia política tras la Conferencia de Bandung de 1955, cuando 29 Estados, en su mayoría recién liberados del colonialismo, forjaron una alianza fundamentada principalmente en ideales internacionalistas de izquierda. Esta expresión de lo que se podría denominar un «internacionalismo tercermundista», fue perdiendo la energía y el idealismo que caracterizó sus inicios. No obstante, dio lugar a la constitución del Movimiento de los Países No Alineados en 1965 y la formulación del programa para un Nuevo Orden Económico Internacional a principios de los '70; dos iniciativas que marcaron un hito en el compromiso con la problemática de «lo internacional» durante este siglo. Por último, es preciso reconocer la labor silenciosa pero continuada de todas aquellas asociaciones de

⁶ Ver el ensayo de Fred Halliday: «Three Concepts of Internationalism» en *International Affairs* N° 43, 1990; y Peter Waterman: «El internacionalismo socialista ha muerto, viva la solidaridad global» en *Nueva Sociedad* N° 122, 11 / 12 / 1992.

izquierda –sindicales, feministas, de solidaridad, pacifistas– cuyas actuaciones han estado guiadas por el más puro espíritu internacionalista.

Sin duda, ninguna de estas expresiones del internacionalismo de izquierda carece de defectos. La Segunda y la Tercera Internacional en particular, protagonizaron episodios muy alejados de los principios internacionalistas. Por su parte, el internacionalismo tercermundista a menudo ha caído en un burdo y demagógico discurso antimperialista. No obstante, la evidencia histórica de muestra que han sido las organizaciones de izquierda las únicas capaces de convertir en realidad unos ideales que a manos de otros grupos han quedado en mero proyecto. Esta observación resulta aún más pertinente cuando se repara en la actualidad que ha cobrado la experiencia internacionalista a la luz de las discusiones sobre la «sociedad civil internacional», la solidaridad entre el Norte y el Sur, o la integración regional. La izquierda ha sido siempre partícipe, cuando no protagonista, de aquellas iniciativas políticas que buscan unir a las personas de distintas partes del mundo. En este sentido, el legado internacionalista de la izquierda ha de ser reivindicado para un siglo que amenaza con acentuar las divisiones étnicas, nacionales o religiosas.

La tercera y última herencia que nos ha provisto la tradición internacionalista de izquierda se encuentra en el plano filosófico. El asalto a la Ilustración lanzado desde posiciones que, a falta de un término más preciso llamaremos posmoderno, ha encontrado terreno bien abonado en la problemática de «lo internacional». De hecho, una de las posibles lecturas de la globalización es que consiste en la disolución de las categorías universales de la modernidad y en la relativización del conocimiento occidental. Según esta versión del argumento, las relaciones sociales, políticas y económicas globales han alcanzado tal nivel de intensidad y complejidad, que resulta imposible fundamentar nuestros presupuestos éticos y epistemológicos sobre una deontología o una teoría sistemática. La aspiración moderna de alcanzar unas normas de actuación política y ética universales representa un proyecto ilusorio frente a la disolución del sujeto –y las categorías como «ciudadanía», «derechos» o «soberanía» que lo acompañan– en un mundo globalizado.

Frente a esta recaída en el discurso relativista, la izquierda debe abanderar los principios cosmopolitas que siempre han guiado su actuación política. No es este el lugar para profundizar sobre las características y los méritos del pensamiento ilustrado. Basta con subrayar aquí que la expresión política de «la disolución del sujeto» y la «relativización» de las categorías universales son organizaciones como el Frente Nacional francés o el Partido del Pueblo Indio (*Bharatiya Janata Party*, BJP) que invocan las particularidades de «su» cultura y ensalzan los valores de «su» comunidad, para justificar su constante agresión a los derechos humanos y a la tolerancia.

La izquierda tiene en el cosmopolitismo la mejor arma para combatir particularismos violentos que han aflorado durante los últimos años. La gran aportación de dicha filosofía a «lo internacional» es que permite construir la base más sólida para la defensa de esa diversidad que tanto asombra a los teóricos de la condición posmoderna. La izquierda debe resistir la recaída en un relativismo *fin-de siècle* y reconocer que han sido precisamente las categorías universales de la Ilustración las que han permitido que los distintos pueblos se conozcan, comprendan y respeten.

Las tareas de la izquierda

El argumento principal de este ensayo ha sido que «lo internacional» plantea un reto a la izquierda. El reto puede superarse si la izquierda consigue elaborar una teoría del sistema internacional pareja, por ejemplo, a su conceptualización del capitalismo. Como he indicado, la izquierda goza de una dilatada experiencia de «lo internacional». Este legado debe ser revisado e incorporado en la profunda reconstrucción política e intelectual de la izquierda frente a «lo internacional». En los últimos párrafos quisiera esbozar algunas de las líneas que pueden dar cuerpo a este nuevo proyecto internacionalista.

En primer lugar, la izquierda tiene que aclarar la posición del capitalismo en la estructura del sistema internacional. Esto supone, por una parte, definir las características del capitalismo como modo de producción internacional, y por otra parte reconocer la influencia sobre su evolución de otras fuerzas ideológicas, ecológicas e internacionales. Algunas aportaciones desde la perspectiva de «la globalización» han logrado identificar varias transformaciones del sistema productivo internacional, pero nunca superan su función *descriptiva*. El gran activo del pensamiento de izquierda ha sido su fuerza *explicativa*. Para cumplir con este requisito, es preciso que la izquierda dé un salto conceptual y haga del análisis histórico y sociológico del *sistema internacional* el centro de su proyecto teórico.

En segundo lugar, y por consiguiente, la izquierda debe repensar las formas de actividad política internacional. Los experimentos del pasado han demostrado que el internacionalismo es un proyecto político realizable. También han indicado los obstáculos que presenta la construcción de una organización unitaria que basa su estrategia en una supuesta «clase universal». Qué duda cabe, la experiencia del internacionalismo obrero debe encontrar hueco en la formulación de un nuevo internacionalismo. No obstante, la izquierda debe reconocer las distintas formas de expresión política que surgen con el desigual desarrollo del capitalismo. También ha de incorporar la realidad de la razón de Estado, e incluso la del nacionalismo *político*, dentro del programa internacionalista. Así pues, una izquierda que haya logrado

comprender la dinámica de «lo internacional» sabrá organizarse mejor a nivel mundial.

Por último, tanto la reflexión teórica como la actividad política de la izquierda debe estar guiada por las premisas del pensamiento ilustrado. Esto supone insistir en la validez de las categorías universales de las ciencias sociales a la hora de analizar el mundo actual. Una combinación de la investigación histórica, sensibilidad sociológica y estudio comparativo puede servir como la mejor defensa frente a un relativismo posmoderno que parece celebrar la disolución particularista del mundo. Si las luchas políticas del próximo siglo se van a dirimir en el ámbito de «lo internacional», es imperativo que la izquierda comience ya a construir una visión del sistema internacional, sobre la base de la triple herencia universalista, internacionalista y cosmopolita.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista